



Coloquio de la prueba de leales

Ed. de Jimena Gamba Corradine



El *Coloquio de la prueba de leales* se imprimió dentro del volumen misceláneo *Cortes de Casto Amor* (Toledo, Juan Ferrer, 1557), sacado a la luz por Luis Hurtado de Toledo. En esta compilación este cura toledano reelabora varias obras ajenas (*Hospital de amor*, *Espejo de gentileza*, *Cortes de la Muerte*, etc.), generalmente sin especificar su procedencia. Aunque no se conoce otro testimonio de este diálogo, su estilo —la argumentación, el uso de refranes, formas lexicalizadas, etc.— resulta prueba contundente para adjudicarlo a una pluma menos simple que la de Luis Hurtado de Toledo. Sin embargo, la crítica no ha podido aventurar ninguna hipótesis sobre su posible autor, ni sobre el contexto en el que el diálogo se escribió¹.

Los interlocutores del diálogo discuten sobre temas amorosos en una situación de cortejo por parte del varón, quien utiliza una argumentación contradictoria y rebuscada para obtener el encuentro sexual. La conversación libre y distendida entre los interlocutores, en ocasiones acuñada con burlas y pullas, genera un efecto de «mímesis conversacional», propio de los diálogos de tradición lucianesca. Este efecto sugiere que se está asistiendo a una suerte de conversación real, fluida y familiar, en la que es recurrente el uso de refranes, expresiones coloquiales y referencias espaciales (la aldea, las huertas, la calle, etc.).

El *Coloquio* se inscribe dentro de la tradición de diálogos lucianesco-erasmistas, breves y dramáticos, que pretenden enseñar a la vez que deleitar, aunque el deleite suele primar sobre la doctrina, como ocurre también en la tradición italiana de *dialoghi piacevoli*. En concreto, es posible emparentar el *Coloquio de la prueba de leales* con el diálogo de Erasmo *Proci et Puellae*, en el que Pánfilo corteja a María hasta llevarla a un matrimonio secreto que les permite el ayuntamiento corporal dentro de cierta legalidad. Así mismo, los dos coloquios de amor de Juan Sedeño (*Dos coloquios de amores y otro de bienaventuranza*, 1536)² se pueden relacionar con el nuestro, pues en estos también se presenta el cortejo amoroso sin los pasos previos que la tradición del amor cortés imponía para un encuentro sexual final. En esta misma dirección, el coloquio también está vinculado a otras tradiciones literarias, como la celestinesca o la sentimental. A estas filiaciones literarias se suma la corriente del debate de los sexos, pues cada interlocutor se empeña en desacreditar al sexo contrario, en una contienda que queda abierta.

Más allá de lo que podría pensarse a primera vista, sus interlocutores, Leandro y Ero, no representan a los amantes del mito clásico. Se trata de dos aldeanos (ella una «señora», él un hombre ya entrado en años) que discuten diferentes aspectos de la relación amorosa entre hombres y mujeres a partir de los requerimientos amorosos del personaje masculino. El diálogo integra nociones y conceptos amorosos procedentes de orígenes muy diversos —amor neoplatónico, *amicitia*, «amor interesario», «amor lícito», amor divino— que los interlocutores utilizan en su argumentación en función de sus propios intereses.

Después de un primer acercamiento entre los personajes, y de una solicitud inicial de Leandro para que Ero le corresponda amorosamente, esta caracteriza al amor masculino como «carnal», «lascivo» e «interesario». Leandro se defiende con argumentos e ideas de tradición neoplatonizante, en las que el amor del alma prima sobre el del cuerpo. Se trata,

1.– La ficha bibliográfica de este coloquio puede consultarse en la *Biblioteca Digital de Diálogo Hispánico* (<<https://iump.ucm.es/DialogycaBDDH/BDDH12>>). Se han referido a este diálogo Rodríguez-Moñino, 1959, 153; Gómez Gómez, 2000, 69; Gamba Corradine, 2013, 237-258, donde se edita y estudia.

2.– Cátedra, 1986.

sin embargo, de un uso retórico y falso de estos conceptos amorosos, que el interlocutor masculino utiliza para convencer a Ero de su verdadero deseo: el amante, dice Leandro, busca finalmente «otro cuerpo con que le satisfacer». Después de esta declaración de intenciones, el diálogo se enfoca en una contienda entre los sexos, y en la exposición de diversos conceptos amorosos, siempre en el marco de una tensión entre los requerimientos de amor de Leandro y la tendencia de Ero hacia un amor honesto o, directamente, hacia el rechazo del amor humano. El coloquio se cierra cuando Ero concluye que no es posible «servir a dos señores» (a los hombres y a Dios), por lo que rehúsa abiertamente la solicitud amorosa de Leandro. La aldeana señala que el supuesto amor «lícito» que le propone Leandro «es impedimento del amor divino, y como cosa finita en parte nos daña». Sin embargo, la última palabra del diálogo la tiene Leandro, quien afirma que, como «Dios influye en nuestro pecho general ley de amor», los hombres deben seguir su mandato para que en ellos se despierten ciertas virtudes morales. El diálogo, pues, queda abierto, sin una conclusión definitiva.

Los conceptos sobre el amor de este coloquio, expuestos someramente por los interlocutores, provienen de tradiciones muy diversas: desde la *amicitia*, defendida por Ero, que arraiga en la tradición clásica, hasta la noción de amor honesto, en oposición al amor «carnal» o «lascivo». Resulta curioso, sin embargo, el término «interesario» referido al amor, pues no conocemos en la literatura otro testimonio de este vocablo. Como se señala en la nota al pie, en este caso el autor podría haberse inspirado en contextos teológicos, donde se contraponen el amor desinteresado al interesado.

El texto, que se editó en mi tesis doctoral (Gamba Corradine, 2013, 483-498), se presenta ahora actualizado y con anotación centrada en el léxico y los refranes, pero también atendiendo a cuestiones genéricas y a tradiciones literarias.

Criterios de edición

Realizamos una transcripción conservadora, fiel al texto, pero lo modernizamos y regularizamos con los siguientes criterios:

1. En corchetes se incluye la foliación correspondiente del impreso que contiene el coloquio (fol. 20v-24v).
2. Eliminamos las grafías dobles.
3. Regularizamos el uso de 'u' / 'v', así como el de 'i' / 'y', de acuerdo con su valor vocálico o consonántico.
4. Incluimos separación de palabras, puntuación y acentuación según criterios ortográficos modernos.

Bibliografía

- CAPDEVILA I MONTANER, Vicenç-María, *Liberación y divinización del hombre*, II, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1994.
- COMTE-SPONVILLE, André, *Pequeño tratado de las grandes virtudes*, Madrid, Espasa, 1998.
- CORDE= Real Academia Española: Banco de datos, *Corpus diacrónico del español*, <<http://www.rae.es>>.
- CORREAS, Gonzalo, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, ed. Rafael Zafra, Formato digital, Pamplona & Kassel, Universidad de Navarra & Edition Reichenberg, 2000 [edición en papel y DC-ROM].
- DCECH = Joan Coromines y José A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispano*, 1942-1980, Madrid, Gredos, 4 vols.
- DRAE = Real Academia Español, *Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española (NTLLE)* (en red).
- FERRERAS, Jacquelin, *Los diálogos humanísticos del siglo XVI en lengua castellana*, Murcia, Universidad, 2008.
- FICINO, Marsilio, *De amore: Comentario a «El Banquete» de Platón*, Madrid, Tecnos, 1994.
- FRÍAS, Damasio, *Diálogos de diferentes materias inéditos hasta ahora*, ed. Francisco Rodríguez Marín, Madrid, Imprenta Hernández y Galo Sáez, 1929.
- GAMBA CORRADINE, Jimena, *Escrituras, hurtos y reelaboraciones de Luis Hurtado de Toledo (1523-1590): Edición de su obra literaria y estudio de su obra impresa*, Tesis de la Universidad de Salamanca, 2013.
- GÓMEZ GÓMEZ, Jesús, *El diálogo renacentista*, Madrid, Laberinto, 2000.
- HOROZCO, Sebastián de, *Teatro universal de proverbios*, edición de José Luis Alonso Hernández, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2005.
- LÓPEZ ESTRADA, Francisco, «El diálogo pastoril en los Siglos de Oro», *Anales de Literatura Española*, 6 (1998), pp. 335-356.
- RALLO GRUSS, Asunción, y Rafael Malpartida Tirado (eds.), *Estudios sobre el diálogo renacentista español: antología de la crítica*, Málaga, Universidad, 2006.
- RODRÍGUEZ-MOÑINO, Antonio, «El poeta Luis Hurtado de Toledo (1510-1598)», en *Relieves de erudición (del «Amadís a Goya»)*. *Estudios literarios y bibliográficos*, Valencia, Castalia, 1959.
- SEDEÑO, Juan, *Coloquios de amor y bienaventuranza*, Pedro M. Cátedra (ed.), Barcelona, Stelle dell'Orsa, 1986.

COLOQUIO DE LA PRUEVA DE LEALES

*Interlocutores Leandro y Ero*³

LEANDRO: ¿A dónde, señora mía, tan de mañana⁴?

ERO: ¡O, Leandro, cuánto as madrugado! ¡No suele ser de tu costumbre! Mas mi dicha lo haze no andar paso sin ser de ti saludada. ¡Ve con Dios tu camino, no me seas molesto, pues te he rogado no me hables en templo ni pública calle!

LEANDRO: ¡Ay, señora mía, cuán enojosa te es mi presencia! Creída tengo mi sospecha que quando ay nuevo amor el viejo te es fastidioso y no el cano⁵ que te sigue.

ERO: No digo yo, que luego as de glosar con tus coplas y philosophías. ¡Dexa razones, pues el lugar es escandaloso y yo voy encubierta! ¡Haz lo que te ruego! ¡Vete en buen ora tu camino, que tiempo avrá donde te pueda hablar de más reposo!

LEANDRO: Soy contento de te obedecer, mas suplicote, señora Ero, me hagas gracia en dezirme dónde es tu vía, porque, aviendo lugar, algunas palabras tengo que te hablar, en las cuales mi ánimo sea satisfecho, tu juicio aya reposo y yo sea de culpa librado.

ERO: Pues sabrás, Leandro, que a las huertas voy encaminada, porque otras damas que tú conoces me hazen oy fiesta. Baxa con [fol. 21r] Mencio, que yendo sin compañía serás bien rescebido⁶.

LEANDRO: Esta, creo, deve ser la huerta y arboleda donde mi señora Ero es venida a se recrear. ¡O, cuán suave olor los jazmines y açucenas echan de sí! ¡Bien conviene tal sino para tal entendimiento, y tal compañía para tan casto corazón! ¡O, qué loçanas se muestran las señoras Ariadna, Casandria y Galatea! ¡A fe que se parescen ser sus naturales formas! Mas cuánta ventaja les lleva mi señora Ero bien es conocida. La fortuna

3.- En el coloquio se utilizan los nombres de los personajes mitológicos, Leandro y Ero, para representar a dos aldeanos. No existe, pues, ninguna relación entre el mito clásico y los temas del diálogo.

4.- El coloquio inicia *in media res* con una suerte de *praeparatio* en la que los interlocutores acuerdan un lugar –las huertas– para encontrarse y dialogar por extenso. Las alusiones al tiempo, en este caso, a la mañana, además de contribuir «a crear la ilusión de realidad de la conversación» (Ferrerías, 2008, 615), se utilizaban recurrentemente para marcar las secciones del diálogo. Así, por ejemplo, para los diálogos pastoriles, «la caída de la tarde, que, para el pastor es tiempo de conducir las ovejas al redil o a la aldea, para los interlocutores marca la ocasión de poner fin a la conversación aplazando para otro día seguir conversando» (López Estrada, 1998, 341).

5.- *Cano* quizás en el sentido de «el hombre mozo, que es muy cuerdo y acertado en sus juicios y resoluciones» (DRAE, 1729, s. v.).

6.- No tiene mucho sentido la frase. Quizás faltó el adverbio de negación («no serás bien recibido»). Finaliza aquí la *praeparatio* y comienza la *contentio*, que tendrá lugar en las huertas. Este escenario con flores, árboles y sombra evoca el huerto de la *Celestina* donde Calisto requiere de amores a Melibea, pero también puede relacionarse con el diálogo ciceroniano, que tendió a enmarcarse en un *locus amoenus* apacible, recogido e íntimo, donde los interlocutores desarrollaban con libertad y paz el ejercicio dialéctico. El huerto es, además, un escenario en el que nadie pueda ser testigo del cortejo amoroso entre los dos personajes, en contraposición a la «pública calle» donde ha tenido lugar el primer encuentro.

- me es favorable, el amor me ayuda, mi estrella me da ocasión, que ya las tres damas se van hacia la ribera, y Ero, mi señora, se queda cogiendo rosa. ¡Sálvate Dios, señora mía!
- ERO: ¡Bien vengas mi Leandro! Llano ha sido tu camino, pues tan presto has llegado.
- LEANDRO: Más mi deseo ha sido el ligero, y así me traxo con tiempo a tu servicio. ¡O, señora, qué huerta, qué jardín, qué flores, qué asientos y sombras! ¡Parece que el amor lo debuxó con su pinzel para recrear a sus vasallos!
- ERO: No puedo entender, Leandro, este vuestro lenguaje de amor que tan presto ase esa tu lengua y a mí me causa tal risa⁷. ¿Siempre hablas de amores? ¿Coplas, cifras, cartas, sospiros y lamentaciones vanas te han de fatigar tan a menudo? Aínas⁸ diría que estás hecho un Narciso⁹ o un terrón de amor¹⁰, como dizen las aldeanas.
- LEANDRO: ¡Ay, señora mía! ¡Cuán lexos está tu lengua de tu entendimiento y cuán mal pago das a lo que padezco! ¡Y cómo, señora, no miras cuánto ha que te amo! ¡No sientes cuán de veras te quiero! ¡Quita el velo de los ojos, la tabla del entendimiento, desatapa¹¹ el oído y no ignores lo que tan cierto sabes! ¡Qué puedo dezir que no lo entiendas? ¡Qué te puedo dezir que no lo sientas? ¡O, señora, que he vergüença de hablar y grave pena de callar!
- ERO: ¡Andad locos, perdidos, desatinados! ¡Que este vuestro querer va por lunas como las aguas! ¡Queréis sin fundamento, amáis sin afición, seguís sin honra, y olvidáis sin lealtad!
- LEANDRO: No más, señora Ero, que esta tu opinión tarde será satisfecha, pues vos, señoras, tenéis la costumbre del mal pagador que alega engaño y mitad del justo precio¹²: engaño, negando el amor, y mitad del justo precio, sublimando vuestro valor.
- ERO: Pues en esas dos cosas que has dicho está fundada nuestra opinión, porque siempre nos engañáis y jamás nos merecéis.
- LEANDRO: ¡Bive Dios, señora Ero! ¡Que somos los engañados y con justo merecimiento desfavorecidos! Mas dame razón del engaño, que yo te quiero dar del cargo.
- ERO: ¡Bien dizes! Yo te daré razón por donde verás cómo vosotros los hombres nos traéis engañadas quando fingidamente notificáis a una dama diciendo: «¡O, señora, cuánto os amo! ¡Cuánto os quiero! ¡Qué pena me dio vuestra vista! ¡Cuán grave me es vuestra ausencia!». ¡Allí veréis cuán engañoso es este vuestro amor! ¡Cómo fingís estar

7.- Una respuesta similar recibe Polinides de Leonida en los *Coloquios de amores* de Juan Sedeño: «Leonida: ¿Adónde aprendiste a burlar tan a la clara?» (Cátedra, 1986, 63).

8.- *Aínas* es adverbio «con que se da a entender que faltó poco o que estuvo muy cerca de suceder alguna cosa o fatalidad» (DRAE, 1726, s. v.).

9.- Lo mismo que «estar hecho un Macías», es decir, estar muy enamorado.

10.- En *Correas* se registra el refrán «es un terrón de amor»: «dícese del muy enamorado» (n.º 9508); en el refrán n.º 9380 se alude también a esta expresión: «Y de un muy enamorado, o enamoradiza, decimos que es un terrón de amor, como cuajado y condensado en amor, como de lo muy salado se dice que es un terrón de sal».

11.- Lo mismo que *destapar* (DRAE, 1732, s. v.).

12.- Aquel que no quiere pagar alega que lo han engañado y que las cosas valen la mitad del precio justo. Fue expresión del terreno jurídico utilizada en ordenanzas, capitulaciones, etc., como se puede evidenciar en los varios documentos del *CORDE* que la registran, pero también se recreó en ámbitos literarios, como, por ejemplo, en los *Coloquios de Palatino y Pincino* (1550) de Juan Arce de Otálora: «Y porque creo sé mejor comprar y hacer cuentas con las mesoneras, y sé que os han de engañar en más de la mitad del justo precio» (CORDE).

[fol. 21v] preñado vuestro entendimiento de lo que jamás pudo concebir la voluntad! Y así venís por la lengua a parir i[ni]quidad y mentira. Esto es a causa de tener el ánimo tan mudable que en viendo qualquiera otra muger de menos hermosura, de menos grados, de menos quilates, luego dezís el mesmo salmo que a la primera; y si es algo astuta y sagaz la que os oye, en dándoos despidiente¹³ le añadís al psalmo el responso de firmeza y lealtad prometida, y aun cantado si rezado no basta¹⁴. ¿Qué os diré, falsos varoncetes? Sino que ya que acertéis a amar con alguna firmeza es por tan malos fines que vuestro deseo muestra en fin la vasija donde estava encerrado qué tal es. Allí se parece la desonestidad de la compañía, la carnal e infame cobdicia, el lascivo deseo, el amor interesario¹⁵. Pues que si en algo creemos vuestos devaneos, luego os alabáis de los favores no rescebidos, parláis los razonamientos no imaginados, infamáis nuestros castos pechos con vuestros desamorados engaños. Este es el engaño con que nos amáis, este es querer que nos tenéis, esta es la deuda que nos demandáis. A fe que si se oviese de pagar con igual moneda tal obligación, que ya estuviédes deste[r]rados de las ciudades con los salvajes campesinos y bestias silvestres.

LEANDRO: ¡Espantado me tienes, señora Ero! No creyera jamás que en un pecho tan delicado y honesto como el tuyo cabían tan crueles pensamientos. ¿En qual fiera, león o tigre o basilisco¹⁶ ponçoñoso se hallarán las condiciones y efectos que de nos, los que amamos, has contado? No nació entre los mortales hombre tan perjuro, desleal y fermentido¹⁷ como aquí has pintado. Si nos condenas por fingidos, vuestro corazón cruel causa tales daños; si nos arguyes de mentira, vuestra incredulidad nos es maestra; si nos acusas de mudança, es por no darnos reposo muger alguna, pues, si a nuestra intención juzgáis desonesta, será porque pecamos con ella —y no con la obra— en hartar vuestra cobdicia. Del amor interesario no se halla varón que por vos allegase thesoro. Si en algo os loamos, no es justo digáis que con alabanças nos favorecemos. Así, señora, que Dios no quiera aver en nos tales propiedades, antes nos veréis, si miráis con ojos desapasionados, mansos, quietos, honestos, callados, obedientes, sufridos, diligentes, verdaderos, secretos y en todo vuestros esclavos. Nuestro amor que dizes, señora Ero, ser finito, terrenal, lascivo y transitorio, en mucho te engañas, porque ya dexaría de ser amor quando participase de tales efectos. Solo es amor aquel que en lo infinito está fundado, amándoos perpetuamente, no por el deleite que con vuestro cuerpo podemos rescebir ni por la vista gozar, ni por el interesse que nos podéis dar, sino por ser

13.– *Despidiente* es participio «del verbo despedir» (DRAE, 1732, s. v.). Alude quizás a dar ‘despacho’ o a ‘despedir’ los negocios amorosos.

14.– «Yo también sé mi salmo y mi cantar», lo que da a «entender con esto que sabe su cuento» (Correas, n.º 24120).

15.– Es decir, «amor interesado». No hemos encontrado otro testimonio del término «interesario», que se utiliza en cuatro ocasiones en el texto. El DCECH de Corominas y Pascual recogen *interesable* e *interesal*, pero no *interesario*. El amor «interesario» o «interesado» podría proceder del ámbito teológico, en concreto, de santo Tomás y otros escolásticos, quienes contraponen este tipo de amor al puro o desinteresado. En algunos contextos esta oposición se equiparó a la de «amor concupiscente» y «amor benevolente», pero la cuestión tiene matices diferentes en cada autor. En todo caso, faltaría un tercer término en esta polaridad, el ágape o «amor divino»: «San Agustín, san Bernardo o santo Tomás [...] supieron mostrar cómo se pasa del amor a uno mismo al amor al otro, del amor interesado hacia el otro al amor desinteresado, de la concupiscencia a la benevolencia y después a la caridad, en resumen, de *eros* a *philia*, y después [...] de *philia* a *agape*» (Comte-Sponville, 1995).

16.– *Basilisco* es «especie de serpiente que [...] se cría en los desiertos de África» (DRAE, 1726, s. v.).

17.– *Fementido* es «falto de fe y palabra» (DRAE, 1732, s. v.).

las que sois en dos maneras: la una visible y la otra invisible; la visible por la presencia y gracia y ornamento que os concedió Dios y la [fol. 22r] naturaleza, con la qual traéis una carta de recomendación y acatamiento que no podrá dexar de amaros, serviros y acataros todo aquel que con libre vista os viere; y los que no se os sujetan, luego es por estar en otra parte sujetos, o por ser de lumbre de razón y entendimiento absortos y privados. La parte invisible con que más nos obligáis son las gracias infusas que en vuesa alma y entendimiento Dios repartió: una delicada medida y concertada habla, un súbito entender transcendente en las cosas contingibles y ocasionales, un acudir con los ojos, lengua y entendimiento en los razonamientos limitados que, así como aquellas serenas, nos encerráis en vuestra música y armonía o, así como Orpheo, hazéis parar las furias infernales de nuestras complexiones.

ERO: Ya te he dicho, señor Leandro, que no me traigas fábulas, coplas ni philosophías, porque en la justa¹⁸ presente sola la verdad desnuda te ha de valer¹⁹.

LEANDRO: Yo lo haré, señora, aunque vos, vestida de vuestra crueza, queréis vencer la verdad, y por eso la queréis desnuda. Pues mándoos yo que, aunque a mí y a ella avéis dexado en el cuero y en el hueso, no me podréis negar que, siendo mi amor por las causas sobredichas, que no es amor infinito, casto y verdadero.

ERO: Bien sea que ese amor en ti alguna vez tenga tal efecto; mas es posible que en todos sea tan igual y que, ya que le oviese, no aya algún torpe deseo, el qual ponga en el olvido todas las gracias invisibles que has dicho.

LEANDRO: No, señora, que aunque alguna vez haga nuestra carne su oficio, el espíritu buelve por su jurisdicción y no consiente mácula en la imaginación, porque siendo allí el lugar donde os tenemos imaginadas y debuxadas, es bien que del entendimiento sea guardado con mucha limpieza²⁰.

ERO: ¡Ay, Leandro! Y como os veo dezir lo que a pocos veo hacer, querría saber, ya que el espíritu con la contemplación desto se ceva, ¿con qué le hazéis²¹ vosotros los varones del todo satisfecho?

LEANDRO: ¿Con qué, señora? Con una retribución e igualdad de amor que de vosotras las damas esperamos: que con aquel amor que amamos y por aquella causa nos améis, acatéis, habléis y queráis.

ERO: ¡O, loco! ¿Y no ves que no ay en vosotros aquesas calidades para ser amados? Porque sois cobardes, temerosos; nosotras con osadía, esforçadas; ignorantes y necios; nosotras sabias y avisadas; vosotros ausentes y olvidadizos; nosotras presentes y memorables; vosotros feos, fríos y desgraciados; nosotras hermosas, prudentes y graciosas;

18.- El uso metafórico de términos contenciosos – como ‘justa’ – fue moneda corriente en los diálogos polémicos donde se enfrentaban dos o más opiniones diferentes.

19.- Ero rechaza el uso de *exempla* de la tradición clásica, como el de Orfeo o la imagen de las sirenas, a favor de un discurso más coloquial y franco.

20.- Según la teoría neoplatónica del amor, la imagen de la amada se imprime en la imaginación, donde es luego contemplada de forma intelectual por el enamorado. Leandro utilizan aquí elementos de la teoría neoplatónica, que cohabitan con ideas opuestas, como aquella que sostiene que la carne puede ‘hacer su oficio’ sin consecuencia alguna en el proceso de amor honesto. Se trata de la utilización retórica de esta visión intelectual del amor por parte del personaje masculino con fines esencialmente sensuales.

21.- Posiblemente la lección correcta sea *habéis*.

vosotros desagradecidos; nosotras con mucho agradecimiento; vosotros curiosos, vanos e infames; nosotras provechosas, constantes y honestas. Al fin, sois negligentes y perezosos, y nosotras diligentes y solícitas²². ¿Por qué razón queréis que os paguemos con igualdad [fol. 22v] de amor lo que tan poco merecéis?

LEANDRO: Maravillado estaba, señora Ero, cómo tardavas con tu segunda parte de la estima de tu valor. Bien provado has tu intención y deseo, mas no lo justo, que ya que seamos obligados a amar, dame tú, señora Ero, razón por donde nos devéis de pagar con nos aborrescer.

ERO: ¿Por qué? Por qué no estáis los hombres contentos con aver paga de amor para el espíritu, sino que también queréis contentamiento y paga para el cuerpo.

LEANDRO. Justo es, señora mía, que quien sirve que aya gualardón.

ERO: Justo es, mas ya le lleva el cuerpo con lo que se da al espíritu. Pues son una misma cosa y participan el uno del otro²³, ¿por qué tú los quieres dividir y apartalle al cuerpo hacienda por sí? ¿Qué le podemos dar, o qué queréis vosotros de nos?

LEANDRO: ¡O! ¡Otro cuerpo con que le satisfacer!

ERO: ¡O, traidor! ¡Que ya ese amor no es libre, sino interesario, pues queréis con nuestro daño vuestro provecho!

LEANDRO: No creo, señora, que es con vuestro daño, pues sabemos que todas las mujeres holgáis de dar en limosna lo que os sobra, aunque por la honestidad no queréis decir que tenéis nada sobrado; antes, de grandeza, no queréis pedir lo que os falta, y en esto conozco cuán loca sea la estima de vuestro valor.

ERO: ¡O, simple, material! ¡Y cómo se parece que hablas con lengua de carne y no de espíritu, pues nos juzgas apetecer lo que las honestas matronas estamos muy lexos de desear! ¡Buelve, buelve sobre ti y verás cuán bien digo que bivimos engañadas! Pues por vuestro propio deseo, deleite y contentamiento nos tenéis error en lugar de amor, que si nos amásedes, por lo que demostramos nos avíades de querer y no por lo que dar podemos. Desde aquí te digo que con justa razón es bien que no hagamos fundamento en vuestros fingidos devaneos; antes el daño, desonra y corrupción procuráis, que el que ama, su vigilancia pone en seguir la voluntad del amado.

LEANDRO: ¡Aí, verás, señora, que por creer nosotros ser así vuestra voluntad y en ella más os aplazer alguna vez intentamos para el cuerpo tal paga pedir, creyendo que por honestidad no nos lo osáis manifestar y también porque en vuestro silencio y soledad no digáis: «Maldiga Dios el ignorante, atado, torpe, soñoliento y descuidado que teniendo tal tiempo y ocasión no tomara para sí y me diera tal contentamiento».

ERO: Con esa razón puedes en los hombres confirmar ser incapaces de nos merecer, pues, allende de los defectos corporales de que os doctó vuestra desventura, tenéis ese defecto mental: que creéis deseamos las honestas damas lo que nos es más cierto abo-

22.– Se insertan aquí elementos del debate de los sexos, que en castellano se desarrolló en géneros como la novela sentimental.

23.– Ero también utiliza argumentos del neoplatonismo renacentista para rechazar los requiebros de Leandro, pero, a diferencia del varón, su discurso no plantea contradicciones insalvables. Al final del diálogo optará por el amor hacia Dios y no por el amor honesto o intelectual hacia los hombres.

rrescer. Y de lo que es virtud, que es abstinencia carnal, emos de nombrar por vicio; por esto se parece quán terrenos²⁴ y rastreros sean vuestros amores. Por esto de que os sentimos ta- [fol. 23r] les siniestros no nos fiamos de vosotros; antes nos guardamos como de bestia con tacha²⁵, y entonces dezís que os desfavorecemos, y así del mejor no fiaría un saco de alacranes²⁶. Y ya que alguna de ignorante y confiada caiga en vuestro lazo, dezís della el efecto de vuestro engaño, y que tales son las otras; pues mándoos yo que no nos devéis nada en cabo del año.

LEANDRO: Yo creo, señora Ero, que antes os vais con todo lo nuestro fiado y que lo tornáis a fiar a quien nunca os lo paga, y así nos quedamos sin lo nuestro y sin lo vuestro.

ERO: ¿Cómo es eso, Leandro? Habla claro que no entiendo esa manera de negociar²⁷.

LEANDRO: Digo, señora, que os damos nuestro amor con esperança que en tiempo devido nos bolverá justa medida; alcáis con ello y como vuestro oficio sea siempre usurpar, echáis el ojo a algún ignorante cruel o engañoso de los que dezís. Porque siempre os cegáis de los tales y ponéis en él vuestro amor. Y él es tal que procura con vos de ganar los cien días de perdón del que burla al burlador²⁸, y tráeos acosadas, desesperadas, tristes, congoxosas. En tal estado os querría preguntar, señoras mías, si daríades por bien librado que os diesen ración para el cuerpo sin acordaros del espíritu, pues vuestro galán se os iva con todo. ¡A fe que sí!, que allí no habría melindres²⁹ ni onestidades, sino lamentar una y dezir otra. Allí querría saber si avría amor onešto, ahervorado³⁰ o interesario. Más picadas estaríades de interese que en el juego de la primera³¹; y más es, digo que echaríades el resto de la honestidad, y por viejo que fuese el galán empeñaríades para tal juego los juros de la vergüença.

ERO: ¡Calla, Leandro! ¡Desatinado de ti que hablas como hombre apasionado de celos, de los quales aún yo no me he quejado!

LEANDRO: No hablo, señora, sino como hombre que con testigos ni juramentos es creído aprovechase de contar agenos defectos para evadirse de los suyos, que bien veo, señora Ero, que contigo poco merezco de lo que he rescebido; mas dame pena que en tan mala

24.- *Terreno* es «lo que pertenece o es de la tierra» (DRAE, 1739, s. v.). El sintagma «amor terreno» se utilizó en textos religiosos en contraposición al amor de Dios; así, por ejemplo, en el *Modo de predicar* (1570-1573) de Fray Diego de Estella: «Porque no se aposenta Dios sino donde halla el corazón desembarazado de todo amor terreno» (CORDE).

25.- En *Correas* se pueden encontrar algunos refranes similares: «No hay caballo sin tacha» (n.º 16079); «No hay mujer, ni espada, ni caballo, ni mula sin tacha» (n.º 16193). Y en *Horozco*: «Quien bestia sin tacha quiere | hágala en el alfahar» (n.º 2626).

26.- «No le fiaría un saco de alacranes» significa que no se le puede fiar nada (*Correas*, n.º 16367), y en *Horozco* (n.º 668): «Del malo no fiar | un saco de alacranes».

27.- Nótese el uso del léxico comercial para referirse a la relación amorosa.

28.- «Quien burla al burlador, cien días gana de perdón» (CORDE); «Quien hurta al ladrón, cien días gana de perdón» (*Correas*, n.º 19641).

29.- *Melindre* «se llama también la afectada y demasiada delicadeza en las acciones o el modo» (DRAE, 1734, s. v.).

30.- *Ahervorado* es «recalentado, encendido: lo que se dice del trigo con la fuerza del sol» (DRAE, 1726, s. v.). El adjetivo proviene, como otros acuñados al amor en el *Coloquio*, del ámbito religioso. Así, por ejemplo, en los *Sermones* (1598) de fray Alonso de Cabrera: «San Pedro [...] estaba avisado de Cristo de la tentación venidera; era más fuerte y más ahervorado que los otros discípulos» (CORDE).

31.- La *primera* era un «juego de naipes que se juega dando cuatro cartas a cada uno» (DRAE, 1737, s. v.).

opinión me tengas, que es señal que fuiste o eres en agena parte prendada³² y burlada; y con lo tal se dize que por un ladrón pierden ciento mesón³³.

ERO: No lo has perdido en mí, que jamás te hizo mi lengua mal hospedaje. ¿De qué te queexas si aun tanto no mereces?

LEANDRO: Quéxome, señora, que con esa me pagas lo que me debes con el corazón, y que no me quies creer lo que te amo. Pues por la pura y firme fe de nuestro amor primero te juro que querría alguna ocasión de prueba para darte a conocer de qué grado o jaez es mi amor, infinito en esencia, y en ser libre de a cosa terrena ser subjetado³⁴.

ERO: Leandro, quien bien ama nunca busca prueba, y por tanto de ti no la he querido.

LEANDRO: Antes por tenerme del todo olvidado...

ERO: ¿Quiés que te diga [fol. 23v] las señales del buen amor y su prueba? Casto en pensamiento, libre en vasallage, solo en querer, secreto en poseer, solícito en servir, sabio en el tractar³⁵, perseverante y no mudable en permanecer.

LEANDRO: Puédote dezir, señora mía, que dende mi juventud he todo aqueso guardado.

ERO: Pues si quieres ser perfecto, muestra tu amor con servicios, porque el firme amor no puede estar ocioso, antes vigilante y exercitado.

LEANDRO: Señora Ero, ¿y qué hará el que le sobra voluntad y le faltan fuerças, y esas que ay no te son aceptas ni mandas que sean exercitadas en tu servicio?

ERO: ¡Anda!, que quien bien ama sin mandado adevina, y por eso te digo que una de las condiciones del amador es que sea sabio, porque con las obras no seas ocasión de escándalo, mayormente que yo tengo puesta en cambio tu voluntad y ella satisfaze por ti el silencio de tus fuerças.

LEANDRO: Así fuese, señora, sino que temo que esa mi voluntad ante ti jamás quiere ser oída, y sé que la tienes aprisionada por culpada, no siendo de tal infamia merescedora.

ERO: A ella y a ti la generalidad³⁶ te daña y, quando esta faltare, entonces darás justa prueba de nuestra amicitia³⁷.

LEANDRO: ¡Ay, señora Ero! ¿Y ahora me tenías cubierta esta celada? Quiero sacar contigo mi intención de culpa. Si yo, Ero mía, converso, hablo, juego, burlo, escribo o con otras gentes tracto, ya tú sabes, señora mía, que es por ser en nuestro amor más secreto, y así nadie sospecha a dónde va guiado nuestro amor y efecto³⁸. Perdona, señora, lo pa-

32.- *Prendar* es también «ganar la voluntad y agrado de alguno» (DRAE, 1737, s. v.).

33.- «Por un ladrón pierden ciento en mesón» (Correas, n.º 18980), que aquí alude a que por el comportamiento de un hombre todos pierden su prestigio frente a las damas.

34.- Se explica aquí el título del coloquio. Leandro pide que se le dé la oportunidad de probar qué tipo de amor siente por Ero, a lo que Ero contesta con las características que, para ella, son prueba del amor honesto.

35.- Entre las características del amante honesto sobresalen las cuatro 'eses' (solo, sabio, solícito y secreto).

36.- *Generalidad* quizás en el sentido de «confusión, falta de explicación e individualidad de algún suceso u otra cosa» (DRAE, 1734, s. v.)

37.- *Amicitia* es lo mismo que «amistad» (DRAE, 1726, s. v.). La *amicitia* como concepto filosófico fue examinado por varios filósofos clásicos, como Aristóteles y Cicerón. Parece que Ero tiende a defender una relación de amistad con Leandro, sin interés o utilidad, mientras que Leandro espera una correspondencia física de quien ama.

38.- Una interlocución similar se recoge en el *Diálogo de amor* de Damasio de Frías: Dórida hace notar a Dameo que mientras se encuentra frente a ella se finge triste, pensativo y calla, y, sin embargo, cuando no está en su presencia está

sado, que, pues en esto quies la prueba, yo la haré ante ti bien manifiesta. Mira, señora, de cuál dama tienes sospecha, que en perpetuo silencio le daré sepultura.

ERO: De aquella que de mí te puede apartar, pues tu afición me hazes tan manifiesta. ¿Quieres ver cuán engañadas vivimos en este amor que seguimos? Que no se puede llamar buen amor, pues nos aparta de lo más por seguir lo menos.

LEANDRO: ¿Cómo, señora? Jamás dexé yo el amor divino, que es lo más, por el humano; antes, si amo es por el medio casto, honesto y virtuoso.

ERO: Ninguno creas, Leandro, puede servir a dos señores, y ya que nuestro temporal amor no ofenda al divino, a lo menos esle impedimento para que no crezca; así como si me amases y la conversación, plática y vista de otra dama te impidiese de aumentar el amor que me tienes, tiniéndote mudo y ocupado, para que, ya que no me dexes de amar, a lo menos no te da lugar conmigo de más merescer. Así, este nuestro amor que dizes ser lícito³⁹ es impedimento del amor divino y como cosa finita en parte nos daña⁴⁰.

LEANDRO: Señora, no te quiero consentir tal opinión, pues Dios influye en nuestro pecho general ley de amor, con la qual no podemos bivar mudos, y vemos que muchas veces por medio de un semejante amor honesto se despierta el hombre a las [fol. 24r] virtudes morales que de antes no usava y, por tanto, justo es el amor que con buen fin sigue su camino⁴¹. Y pues dizes que ha de ser el hombre como papel blanco para que la divina mano escriba en él sus leyes, con solo el amor que te tengo me limpio y justifico. Este es el párrapho o regla del capítulo de amor divino que en mí se espera escribir, y si por ti este papel del entendimiento mío no fuera reglado, a tuertas⁴² fueran mis carreras y no pudiera por mí solo acertar a amar a Dios.

ERO: ¡Basta por oy, Leandro, lo hablando, que ya de hazia la sierra nevada viene nuestra compañía! ¡Sal de la huerta antes que la encantadora Circe te salga al camino!

LEANDRO. Queda en paz, señora mía, y acuérdate de la fidelidad de mi deseo⁴³.

«alegre, riendo y burlando como todo hombre sin pasión, muy otro del que casi siempre te sueles fingir conmigo», por lo que juzga que está «libre de amor» (Frias, 1929, 281). La réplica de Dameo es distinta de la formulada por Leandro.

39.- San Agustín diferencia entre «amor divino o amor de caridad», «amor humano lícito», y «amor humano ilícito» (*Sermo* 349, *Patrología Latina*, 39, 1529). El amor lícito, si bien es mejor que el ilícito, no es igual que el «amor divino». Según algunas especificaciones formuladas por santo Tomás, el «amor natural» o lícito «ama a Dios en cuanto es principio de todo ser; en cuanto es principio y fin del bien natural; en cuanto es causa primera y sumo bien de todo ser», mientras que el «amor divino» o «caridad», «ama a Dios en cuanto es objeto de bienaventuranza sobrenatural, en cuanto es el bien que beatifica con bienaventuranza sobrenatural» (Capdevila i Montaner, 1994, 296).

40.- Las ideas sobre el amor que expone Ero provienen en gran medida de planteamientos sobre los afectos formulados por santo Tomás, san Agustín o san Bernardo, entre otros. Ero defiende el amor divino de carácter «desinteresado» y puro, en oposición al amor «interesado» e, incluso, al amor «lícito». Opta, finalmente, por el amor divino.

41.- La idea de que el amor hace buenos a los hombres que aman se repitió desde Platón y fue retomada también por los neoplatónicos. Así, por ejemplo, en Ficino: «La vergüenza aparta al hombre de lo deshonesto, y provoca su afán de sobresalir en las [cosas] honestas. Nada más fácil y rápido que el amor enseña a los hombres estas dos cosas» (Ficino, 1994, 14).

42.- *A tuertas* es «modo adverbial, que vale al revés de como se debe hacer, u oblicuamente» (DRAE, 1739, s. v.).

43.- Las palabras de Leandro podrían considerarse una suerte de *resolutio* del coloquio; sin embargo, el diálogo parece quedar abierto, pues la intervención final de Ero («Basta por oy, Leandro, lo hablando») sugiere que la polémica continuará otro día. Sobre la conclusión final del coloquio, Jesús Gómez señala el hecho de que «los dos interlocutores enfrenten alternativamente sus tesis sin llegar a ningún acuerdo» (Gómez, 2000, 28), por lo que se trataría de un diálogo *polémico*. Esta ausencia de conclusión definitiva, de doctrina cerrada, es herencia del diálogo lucianesco y de los *dialoghi piacevoli* italianos que sobreponen el *delectare* al *docere*.

Fin del Coloquio

*Epístola del author a una illustre señora a quien va este Coloquio*⁴⁴

Mi señora:

Porque lo que hablamos peresce y lo que escrevimos permanesce⁴⁵, acordé que la violada pluma en los blancos surcos sembrase tan preciosa simiente como vuesa lengua ha producido, porque, hallando en mi corazón las raíces del árbol que en vuestra memoria me dará el fructo, conozcáis que, *non in solo pane vivit homo*⁴⁶. Mucho me atrevo, siendo ortelano, gustar primero que el señor de la huerta el esquilmo⁴⁷, mas, pues la merced de mi trabajo tanto tarda, vistamos el entendimiento de la hoja, que si el vergel no riego, a lo menos con profundos pensamientos le labro. Yo he plantado en los casos presentes los nombres de los amantes pasados, para que sea exemplo a los venideros, si por caso deste árbol salen algunos secos ramos será por faltalles la humedad de mis ojos, y los que van florescientes crecen en virtud de vuestros merescimientos, de cuyo valor quedo humilde siervo.

Laus Deo [fol. 24v]

44.- El diálogo y la epístola fueron géneros que el humanismo renovó, por lo que, en muchos casos, se desarrollaron conjuntamente. Como subraya Asunción Rallo Grus, estos dos géneros representan la «manifestación de un proceso dialéctico como base del aprendizaje» (Rallo Grus, 1996, 7).

45.- «Quod loquimur, transit; quod scribimus, permanet», sentencia muy popular, transmitida en estos términos en los *Moralia* de Gregorio Magno.

46.- Det. 8: 3.

47.- El *Esquilmo* es el «fruto que se saca de las viñas, olivos, ovejas y otras cosas» (DRAE, 1732, s. v.).

